

www.puntodelectura.com

SHARI ANTON

Mi enemigo, mi amor

punto de lectura



Shari Anton, nacida en Estados Unidos, se ha especializado en escribir historias de amor, ambientadas principalmente en la Inglaterra medieval. Entre sus títulos más exitosos destacan *El esposo perfecto* y *Mi enemigo, mi amor*.

www.sharianton.com

SHARI ANTON

Mi enemigo, mi amor

Traducción de Ana Belén Fletes Valera

Título: Mi enemigo, mi amor

Título original: *Once a Bride*

Libro publicado por acuerdo con Warner Books, Inc., Nueva York,
EE. UU. Todos los derechos reservados

© Sharon Antoniewicz, 2004

Traducción: Mariana Zifar

© De esta edición:

2009, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2244-7

Depósito legal: B-5.044-2009

Impreso en España – Printed in Spain

Ilustraciones de cubierta:

ARRIBA: Corbis / Cover

ABAJO: Aci

Primera edición: marzo 2009

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Para Ross y Ruth Foley,
por dar al amor una
segunda oportunidad.
¡Brindo por vuestro éxito!*

Agradecimientos

Un autor forma parte de un equipo. El mío es excelente.

Doy las gracias a mi agente, Pamela Hopkins, porque nunca ha perdido la fe en mí.

A mi editora, Karen Kosztołnyik, que no deja de animarme a escribir la mejor historia.

Y a vosotros, los lectores, a los que todos nos esforzamos en agradar.

Mi más sincero agradecimiento a todos.

Otoño, 1333

El nervioso escudero fue el encargado de anunciárselo, tal como Sir John Hamelin había ordenado. Padre quería verla en su sala de cuentas sin dilación.

Eloise Hamelin taconeaba a paso ligero por el suelo del pasillo, segura de que podría justificar sus últimas compras.

Mantener un castillo tan grande y bien conservado como el de Lelleford requería la adquisición de ciertos bienes. Eloise libraba a su padre de la tarea de comprar las cosas más cotidianas, como especias y barriles de cerveza, sacos de grano o pescado en salazón —esenciales para pasar el invierno—, y otros artículos de primera necesidad para el hogar. En compensación, a su padre no le molestaba que ella se diera algún que otro capricho.

El día anterior, habían asistido mercaderes de toda Inglaterra a la feria anual que se celebraba en el pueblo cercano y Eloise tuvo la oportunidad de inspeccionar montones de productos. Su último antojo consistió en varias piezas de la más fina lana, una compra que le había parecido indispensable, y estaba convencida de que era el motivo de la llamada de su padre.

La mayor parte de la lana la utilizaría en la fabricación de prendas de invierno para su padre. No permitiría que el señor de Lelleford volviera a Westminster, a la fiesta que el rey daba por Navidad, si no era vestido con prendas de auténtico lujo.

La lana que sobrara la utilizaría para ella, para trajes elegantes. Aún no le había dicho que deseaba acompañarlo a la corte del rey, sino que esperaba el momento adecuado para pedírselo y que su padre no pudiera negárselo.

Tenía que dejar que lo acompañase.

Eloise no dudaba de que su padre tenía la intención de encontrarle marido. ¿Qué mejor momento para negociar un matrimonio que en una reunión en la que estarían presentes los hombres más poderosos del reino? Estaba destinada a realizar un buen matrimonio y, además, lo consideraba su deber.

Sólo que, esta vez, quería echarle un vistazo ella misma para asegurarse de que se tratara de un hombre sano y fuerte, no como Hugh St. Marten, que había muerto a sus pies en la escalinata de la iglesia antes de haber podido pronunciar sus votos matrimoniales.

El susto la había dejado aturdida durante días. Dos meses después, la pena por la muerte de Hugh aún persistía. No llegó a conocerlo muy bien, pero le resultaba lo bastante agradable como para sentir lástima por el súbito e innoble fallecimiento de un hombre tan joven.

La gente intentaba no recordarle el suceso pero, de vez en cuando, había visto las miradas de conmiseración y escuchado «pobre Lady Eloise» cuando creían que no se daba cuenta, y detestaba que la compadecieran.

Se detuvo delante de la puerta de la sala de su padre. Antes de llamar, se alisó el vestido verde esmeralda y se sujetó un mechón rebelde en la trenza. Por último, se irguió, apretó la mandíbula y tocó en la gruesa puerta de roble.

—¿Eloise?

La voz de su padre tenía un tono agudo, incluso al otro lado de la puerta. Tal vez no fuera el mejor momento para pedírselo.

—Sí, padre.

Oyó correr el cerrojo y la puerta se abrió dando paso a una pequeña sala que olía a pergamino nuevo, tinta y velas de cera de abeja. Sin darle tiempo ni a pestañear, su padre la hizo entrar.

Eloise ahogó un pequeño grito al ver el desorden que reinaba en la sala, incapaz de comprender por qué la mesa de roble estaba cubierta de rollos de pergamino, ni por qué un bote abierto de tinta de color azul goteaba sobre los ropajes del inconsciente hermano Walter, derrumbado con la cabeza gacha sobre un asiento junto a la mesa.

¿Estaba muerto el monje? No. El joven clérigo respiraba, aunque muy ligeramente. Eloise se inclinó y con mano temblorosa tocó el corte sanguinolento que presentaba en la sien.

La puerta se cerró de un golpe y Eloise dio un respingo.

—¡Déjalo en paz!

Demasiado confusa para hacer nada, Eloise se retiró ante la orden de su padre. La furia le oscurecía sus ojos gris claro, que armonizaban con su menguante cabellera. Nunca antes lo había visto respirar con tanta dificultad,

ni se había percatado de la fragilidad que se escondía tras su imponente figura.

Desesperada por encontrar sentido a lo ilógico de la situación, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

Su padre sacudió la mano gordezuela en dirección al monje, que se había convertido recientemente en su escribiente.

—Ese imbécil ha demostrado no ser digno de mi confianza. Puedes hacer lo que quieras con él cuando me haya ido.

—¿Ido? ¿Adónde? ¿Por qué?

Su padre se acercó a la mesa y metió varios rollos de pergamino en una bolsa de cuero negro.

—Será mejor que no lo sepas —contestó mirando al religioso—. Me han declarado rebelde, Eloise. En estos momentos, el conde de Kenworth viene hacia aquí para arrestarme.

Desconcertada, no hacía más que mirar a su padre. Debía de tratarse de un error, pero no tenía ni idea de quién podía ser el culpable.

Su padre terminó de cerrar la bolsa.

—No muestres resistencia a Kenworth. Déjalo entrar y permítele registrar el castillo. Dale comida. Sírvete nuestro mejor vino. ¡Pero por todos los Santos, no le des motivos para que tome Lelleford por la fuerza!

Eloise salió de pronto de su estupor.

—Santo Dios, padre, ¿de qué se os acusa exactamente?

—De traición.

Eloise sintió que se le revolvió el estómago y que se le doblaban las rodillas. Estaba segura de que un delito

así merecía el peor de los castigos. Ahorcado, destripado y descuartizado.

De un baúl que había en un rincón de la habitación, sacó un pequeño cofre de oro con rubíes incrustados y lo puso en la mesa. Sacó dos puñados de monedas, las metió en su monedero y lo cerró.

—Cose algunas monedas en el dobladillo de tus ropas en el caso improbable de que te veas obligada a dejar Lelleford. Ruego a Dios que Julius esté ya de vuelta a casa y pueda hacerse cargo de la situación.

Julius, su hermano mayor, había ido de peregrinación a Italia. Era inútil desear que entrase por la puerta en aquel preciso momento.

—Padre, tiene que haber alguna manera de resolver...

—La hay pero no con el conde de Kenworth. Él y yo llevamos demasiado tiempo enemistados. No envíes a Jeanne ni a Geoffrey en busca de ayuda. No pueden hacer nada para ayudarme, y cuantos menos hijos míos se vean involucrados, mejor. —Se colocó al hombro la bolsa abultada con los rollos de pergamino—. Me llevaré a Edgar conmigo. Ahora mismo debe de estar preparando los caballos.

Eloise comprendió entonces el nerviosismo del escudero cuando fue a avisarla de que su padre quería verla. Edgar debió de haber sido testigo de lo ocurrido entre John Hamelin y el hermano Walter, y muy posiblemente sabía cómo había resultado herido el monje.

—¿Y qué ocurrirá con el hermano Walter?

—El maldito de él vivirá. Probablemente sea mejor no retenerlo. Sólo tienes que fingir no saber nada de mis asuntos y todo irá bien.

Nunca, en sus diecisiete años de vida, se había sentido tan ignorante y asustada. El pánico se le mezclaba con la rabia por la forma en que su padre iba a abandonarla al peligro.

Eloise quería que se quedara, pero si no se marchaba acabaría colgado en el patio de su propio castillo y con su propia soga.

Notó cómo se le formaba un nudo en la garganta y las lágrimas se arremolinaban en sus ojos. Se maldijo por ello. No era momento para sentimentalismos. Sir John Hamelin, caballero del reino y consejero de confianza del rey, encontraría la manera de hacer frente a los cargos y evitar la horca.

Pero, por el momento, ella tenía que concentrarse y comportarse como su padre le había ordenado.

—¿Sabéis cuándo llegará el conde?

—Probablemente antes de la comida de la noche.

Sólo quedaban unas horas. No había tiempo suficiente para prepararse, pero era lo único que podía hacer.

—Será mejor que os deis prisa entonces.

—Te mandaré una nota haciéndote saber cómo estoy cuando lo considere seguro. Haz lo que te he dicho y todos estaréis a salvo. Deposito en ti toda mi confianza, Eloise. No me falles.

—¿Alguna vez lo he hecho?

El padre ladeó la cabeza y se le suavizó la expresión.

—No. De todos mis hijos, tú siempre has mostrado una lealtad inquebrantable. Cuídate, hija.

Eloise sabía que a su padre le disgustaban las demostraciones de afecto, pues no solía mostrar su lado más dulce, y no quería ponerlo en una situación embarazosa.

Pero estaban solos y no iba a verlo en una larga temporada. Entonces, Eloise abrió los brazos y rodeó su cuerpo rollizo.

Aun antes de notar que su padre respondía al abrazo, pudo oír el acelerado latir de su corazón.

—No te preocupes, Eloise —le susurró al oído—. Todo saldrá bien.

Eloise quería creerle y, conteniendo las lágrimas, se separó.

—Que Dios os acompañe, padre.

Éste corrió el cerrojo y abrió la puerta lentamente, echando un vistazo a ambos lados del pasaje antes de salir. Eloise se apoyó en la mesa e inspiró profundamente varias veces. No había tiempo para la rabia ni la autocompasión. ¿Por dónde empezar?

El hermano Walter seguía tirado en el suelo, inconsciente, la sangre de la sien se estaba secando rápidamente resaltando escandalosamente en la pálida piel. Un hombre de poca confianza, según su padre. El monje se merecía todo lo que le ocurriera por haber contribuido a la caída de Sir John Hamelin.

Bueno, caída no era la palabra exacta. Seguro que se trataba de un malentendido que su padre conseguiría solucionar. ¿Traición? ¡Impensable! A menudo había oído a su padre alabar la política del rey Eduardo y se había mostrado muy efusivo sobre la habilidad de éste como militar. No tenía sentido que su padre traicionara al joven rey al que tanto admiraba.

No bagas nada. Finge no saber nada.

Por todos los santos, ¿estaba seguro su padre de lo que le estaba pidiendo? Claro que sí, pues le había dado instrucciones muy precisas de cómo debía comportarse.

El monje se retorció y gimió. El muy necio no merecía que se preocupara por él pero tenía que hacerlo si quería hacerle creer que acababa de entrar en la habitación y lo había encontrado herido. Se arrodilló y le puso una mano en el hombro.

—Hermano Walter, ¿me oís? ¿Estáis despierto?

—Se-Señora... Eloise, yo... —El monje abrió los ojos ligeramente.

—No habléis. Debisteis de tropezar y golpearos la cabeza con la mesa. ¿Podéis incorporaros?

El monje se apoyó en un brazo y se enderezó, moviendo a continuación la cabeza como si quisiera colocarse el cerebro en su sitio.

Cuando pareció haber recobrado el equilibrio, Eloise se alejó del monje, a quien de buena gana arrojaría al calabozo.

El hermano Walter miró a su alrededor. ¿Estaría buscando a su padre? Eloise levantó un bote de tinta caído.

—Vaya desastre. Me atrevería a decir que a mi padre no le gustará ver todas sus cosas fuera de su sitio. Venid conmigo, bajemos al salón y ocupémonos de esa herida antes de ordenar la sala.

—¿Dónde está... Sir John?

—No lo sé —contestó ella, tragando el nudo que se le había formado en la garganta—. ¿Podéis caminar?

—Creo que sí —dijo el monje.

Eloise vio el esfuerzo que le costaba ponerse en pie pero no fue capaz de sentir compasión por él. Le curaría las heridas si era necesario y después tal vez podría son-sacarle alguna información.

No bagas nada, se recordó.

Ésa iba a ser la orden más difícil de cumplir. No lograba comprender por qué su padre había considerado mejor huir del enfrentamiento. Se preguntaba por qué no habría sido mejor asegurar el castillo, colocar más guardias e impedir la entrada al conde.

Desde la época de la gran conquista, Lelleford había soportado rotundos ataques y largos asedios. Con la llegada del invierno, el conde no podría mantener a sus hombres a la intemperie durante mucho tiempo sin pasar hambre y frío. Las despensas del castillo estaban repletas tras la reciente cosecha y los pozos rebosaban agua. Habría sido el momento perfecto para soportar un asedio.

Aun con la amenaza de la horca, huir parecía una postura muy cobarde, y nunca habría imaginado a su padre capaz de algo así.

Eloise se acercó a la puerta mientras le daba tiempo al monje para ponerse en pie, pensando que su padre sabía lo que hacía. Tenía que confiar en que él sabría la mejor forma de enfrentarse no sólo al conde sino también a los cargos que pesaban sobre él.

Tal como le había ordenado su padre, daría de comer a los invasores, les serviría el mejor vino y se comportaría como la perfecta anfitriona. Evitaría a toda costa que el conde de Kenworth tomara Lelleford por la fuerza.

Viajar con el conde de Kenworth no era muy diferente a viajar con el propio rey, a ambos les gustaba la comodidad y no reparaban en gastos a la hora de equipar a sus séquitos.

Sir Roland St. Marten comió en la gran tienda en compañía de William, conde de Kenworth, y sus caballeros. Fuera, los escuderos y los hombres de armas comían alegres aunque de manera menos suntuosa.

Cualquiera diría que aquellos hombres viajaban por placer y no en una importante misión. Kenworth parecía no tener prisa por llegar a Lelleford, detener a Sir John Hamelin y llevarlo a Westminster para ser juzgado.

Roland pensaba que Kenworth se equivocaba al creer que, con la sorpresa a su favor, el caballero permitiría al conde entrar en la fortaleza y se rendiría fácilmente.

John Hamelin no era el tipo de hombre que se dejaba golpear. Tras haber pasado varios días en Lelleford, Roland sabía que el castillo era resistente y estaba bien guarnecido. Sir John podría resistir un asedio durante meses si quisiera.

Pero capturar a Sir John era problema del conde, no suyo. La obligación de Roland era ocuparse de la supervisión de Lelleford en nombre del rey y asegurarse de que la detención se llevara a cabo con limpieza.

Tenía intención de mantenerse imparcial en todo aquel asunto, puesto que ésa era la única postura inteligente.

El conde se llevó a la boca el último pedazo de lamprea y se limpió la boca con un trago de buen vino. Felicitó al cocinero eructando satisfecho y poniendo así fin a la comida.

Kenworth dejó la copa en la mesa y sonrió a los caballeros que lo atendían.

—Esperemos que el cocinero de Lelleford sea tan bueno como el nuestro. No me gustaría viajar hasta tan lejos

para verme obligado a comer guisos aguados y mal vino. Decidme, St. Marten, ¿los cocineros de Lelleford hacen buen uso de las especias?

En vista de que era el único del séquito que había estado en el castillo de Lelleford, todas aquellas preguntas iban dirigidas a Roland. ¿Qué le importaría más al conde, la táctica defensiva de la fortaleza, el tamaño de sus despensas o los hombres que Sir John podría mandar a combatir?

Nada más unirse al séquito del conde, Roland se había dado cuenta de que éste no veía la posibilidad de que fueran a encontrar obstáculos y no le agradaban aquellos que opinaban lo contrario.

Guardarse su propia opinión en presencia de hombres de mayor estatus había sido la primera lección que Roland había aprendido al entrar al servicio del rey. Los duques y los condes del reino sólo aceptaban indicaciones de sus consejeros de confianza y entre ellos, aunque la mayoría de las veces hacían lo que querían.

Y lo que le apetecía al conde en ese preciso momento era deshacerse de Sir John como si de una molesta espina en el dedo se tratase.

—No tengo quejas de la hospitalidad de Lelleford, ni en lo referente a la comodidad de las camas ni a la calidad de las viandas que allí se sirven. —Al notar el disgusto del conde, Roland se apresuró a variar el tono de su explicación—. Tenéis que recordar que mi estancia en Lelleford tuvo lugar en un momento en que los Hamelin tenían interés en causar buena impresión a mi familia. Sin duda las comidas y la compañía no son siempre tan excelentes y acertadas como las vuestras, señor.

—Yo diría que no. —Kenworth se reclinó en el asiento—. Por poco. Si Hugh —que en paz descansa— estuviera vivo, ahora vos seríais pariente de ese traidor.

Roland dejó entrever un escalofrío de repulsión totalmente sincero.

—Alabado sea Dios por su oportuna intervención, aunque desearía que no hubiera recurrido a una solución tan drástica.

Ni un día había dejado de recordar la muerte de su hermanastro, de ver cómo la fascinación de Hugh con la novia desaparecía a medida que el dolor lo abrumaba y ponía los ojos en blanco justo antes de sufrir un colapso. Hugh St. Marten había muerto de una forma innoBLE, tumbado de bruces en los escalones de la iglesia a los pies de su futura esposa.

Y la futura esposa, Lady Eloise Hamelin, no había derramado ni una sola lágrima por el hombre que tanta devoción había demostrado por ella y que nunca habría negado nada a su prometida. Roland había tratado de convencer a Hugh para que reconsiderase el matrimonio, pero sin éxito.

—Eso le hace preguntarse a uno si no sería algún ser maligno, y no Dios, el que intervino en aquella funesta circunstancia —dijo el conde tamborileando con los dedos sobre el apoyabrazos de su asiento.

Dada la repentina muerte de Hugh, Roland también había sospechado que podría haberse tratado de un acto de traición, aunque no había encontrado pruebas satisfactorias.

—Los médicos de mi padre nos aseguraron que la muerte se debió al débil corazón de Hugh, no a un acto vil.

Para vileza, la del propio Roland. Aún seguía teniendo pesadillas con el acalorado enfrentamiento que había mantenido con Hugh el día de su muerte. Le resultaba inevitable pensar que su discusión pudiera haber contribuido a dañar el corazón ya de por sí débil de Hugh, y con ello a acelerar su muerte.

—Es una pena. Si se hubiera tratado de un acto premeditado, ahora podríais aprovechar esta situación para vengar la muerte de Hugh. Oportunidades como ésta no se presentan a menudo.

Incómodo con el tono del conde, Roland se apresuró a dejar clara su postura en el asunto.

—No tengo ningún asunto pendiente con Sir John que no sea su traición hacia nuestro amado soberano.

—Como queráis, pero zanjar los asuntos personales resulta siempre de lo más satisfactorio. —Kenworth se levantó de pronto—. Si queremos probar la hospitalidad de Lelleford esta noche, debemos irnos. Preparad a los hombres.

Roland se sacudió de la mente los recuerdos desagradables y los restos de culpabilidad y salió de la tienda junto a los demás caballeros. Se dirigió a los caballos —la tarea que le había sido encomendada en este viaje— para asegurarse de que se les estaban dando todos los cuidados, un trabajo sencillo gracias a la eficacia de los escuderos, que sabían que los caballos eran una de las posesiones más apreciadas por los caballeros. Escuderos y mozos de cuadra corrían de aquí para allá preparando las sillas para sus caballeros, entre ellos Timothy, el escudero de Roland.

Le resultaba extraño tener a un joven ocupándose de tareas que hasta hacía bien poco tiempo le habían

correspondido a él. Habían ocurrido muchas cosas en los dos últimos meses, desde la muerte de Hugh.

Tras la boda que no había llegado a celebrarse, Roland había marchado a la guerra contra los escoceses en compañía de Sir Damian, el caballero que lo había acogido como a un hijo durante casi toda su vida y a quien había servido después como fiel escudero. Las cosas dieron un giro repentino entonces. Se encontraba en el momento adecuado en el lugar equivocado, Hallidon Hill, protegiendo las espaldas del rey cuando más se necesitaba.

Un año mayor que el vigesimosegundo rey de Inglaterra, y un poco más alto y ancho de hombros que él, Roland se había ganado la admiración del rey Eduardo por su destreza en el campo de batalla y su acertada intervención entre él y la espada de un escocés.

Después llegó la recompensa. En el transcurso de las pocas semanas que estuvo al servicio del rey fue nombrado caballero, recibió como regalo varios caballos de los establos reales, así como todas las armas y la cota de malla que exigía su rango, y un escudero, Timothy. Lo único que le faltaba eran los suficientes ingresos para poder mantener su nuevo rango y los regalos que había recibido.

Motivo por el cual Roland estaba seguro de que el rey Eduardo le había encomendado aquella tarea. Los reyes podían ser extremadamente generosos con quienes los servían bien.

Roland tenía intención de comenzar su escalada social siguiendo fielmente las órdenes de su rey, aunque al maldito conde de Kenworth se le metiera en la cabeza llevar a cabo alguna maldad.

La tienda del conde descendió al suelo. Pronto, tienda, mástiles, mobiliario y comida estuvieron metidos en los carros que transportaban el material. Los caballeros y los hombres de armas se prepararon para tomar sus puestos en la comitiva.

Rápidamente, Roland terminó de inspeccionar arreos, bocados y correas. Cuando se aseguró de que ningún caballero ni el conde se caerían de sus caballos por negligencia de algún escudero, se acercó a su propio caballo y a su escudero.

—¿Todo listo, Timothy?

Con una radiante sonrisa, el chico de dieciséis años hizo una profunda reverencia.

—Sí, Sir Roland. Podéis comprobar vos mismo que no hay nada suelto o fuera de su lugar. No estaría bien que el caballero encargado de los caballos se cayera del suyo, ¿verdad?

—Diablillo descarado. ¿Tenemos alguna noticia?

Timothy miró por encima del caballo negro de Roland hasta localizar al escudero del conde.

—Se está tramando algo —susurró el chico—. Gregory lo sabe pero no lo dice. Sólo sonrío como si conociera el secreto. Puede que los demás nos estemos equivocando, y no me gusta hablar mal de un compañero, pero...

—Entonces no hables más. La especulación no hace ningún bien.

—Os pido disculpas, señor, por faltar a mi deber.

Roland apretó el hombro flaco de su escudero, sorprendido de que un chico tan delgado aunque alto para su edad pudiera levantar la silla a lomos de un caballo tan alto como el suyo.

—No has faltado a tu deber, Timothy. No puedes informarme de cosas que no sabes. Presta atención a todo lo que ocurra. Es lo único que te pido.

El escudero levantó la barbilla en un gesto de pura determinación y, haciendo una nueva reverencia, se dirigió a su montura.

Roland montó y espoleó suavemente a su caballo hacia delante. Entre los primeros puestos de la comitiva, el conde hablaba con gesto serio con los dos hombres que habían de adelantarse hasta Lelleford y requerir la hospitalidad del castillo para el conde y su séquito por esa noche.

Roland se preguntaba si Sir John abriría en efecto las puertas a Kenworth o lo mandaría al infierno. Y en el primer caso, se preguntaba si el conde procedería al arresto con la dignidad que le era debida a Sir John o actuaría de mala fe.

A Roland le hubiera gustado saberlo, pero durante la comida con los caballeros y el conde no logró averiguar mucho más que Timothy con el resto de escuderos y mozos.

Tal vez no hubiera nada que averiguar. Tal vez no había razón para temer traición alguna.

Tal vez las vacas daban vino y las ovejas sábanas de hilo. Su instinto no le había fallado nunca. Seguía sintiendo un cosquilleo en la nuca. Estaba tan seguro de que el conde de Kenworth tenía la intención de torturar a Sir John Hamelin como de que la hija de este último había intentado dominar a Hugh.

Verdaderamente, había que dar gracias por que Hugh hubiera logrado escapar de esa «soga» envuelta en

sedas y lazos, aunque soga al fin y al cabo. Su sonrisa resplandeciente ocultaba un corazón de hielo, y tras sus modales distinguidos se escondía una voluntad de hierro. Un hermoso rostro y una mente astuta.

Había ido a Lelleford con la esperanza de que le gustara la que habría de ser la esposa de su medio hermano. Y así había sido. Tal vez demasiado.

Desgraciadamente, también había decidido que no era la mujer adecuada para éste.

Roland sonrió deseando que llegara el momento en que Lady Eloise Hamelin se enterase de que al «desagradable sapo» del hermano de Hugh St. Marten le había sido encomendada la tarea de supervisar el señorío de Lelleford.

Iba a ser un interesante duelo de voluntades hasta ver quién de las dos prevalecía en las próximas semanas. Un torneo que no tenía intención de perder.

Eloise ayudó al hermano Walter a sentarse en un banco cerca de la chimenea, que lanzaba destellos de luz anaranjada en la cavernosa estancia. Si hubiera tenido que decir cuál era su rincón favorito del castillo, sin duda sería aquél.

Cuando era pequeña, se sentaba en el suelo a los pies de su madre mientras aprendía a tejer la lana. Desde allí veía las coloridas banderas que pendían de sus mástiles y las armas antiguas que colgaban de las paredes, cada una de las cuales había sido testigo de un pedazo de la orgullosa historia de la familia.

Y allí también pasaban la tarde sus padres, rodeados de sus hijos y los perros de caza favoritos de Sir John. Hablaban de lo que había sucedido durante el día, se entretenían con algún tranquilo pasatiempo y hacían planes para el futuro.

Uno a uno, todos la habían abandonado. Su madre había muerto, Jeanne se había casado; Geoffrey se había exiliado voluntariamente en París y Julius había ido en peregrinaje a Italia. Y ahora su padre.

Ella había soportado la desaparición de cada uno de ellos en su momento y había llegado a aceptar sus motivos. En todos los casos menos en el último.

Miró al enorme lebrel inglés que pasaba la mayor parte del tiempo junto al fuego, demasiado viejo ya para correr por los campos, pero demasiado querido para que su padre pudiera sacrificarlo como había hecho con otros animales cuando no servían para el trabajo. El animal no podría comprender por qué su dueño ya no le rascaba las orejas, igual que Eloise no podía comprender por qué el señor del castillo había decidido abandonar allí a su hija.

Decidida a no dejarse llevar por el sentimiento de autocompasión que la invadía —un lujo que no podía permitirse—, mandó a una de las sirvientas a buscar una palangana con agua y tiras de algodón para preparar un vendaje y procedió a retirar el pelo manchado de sangre de la fea herida.

El monje hizo un gesto de dolor. Eloise, sin embargo, no sintió remordimiento alguno por hacerle daño al hombre que su padre había considerado indigno de su confianza. El clérigo probablemente sabría por qué su padre había considerado necesario abandonar Lelleford, incluso puede que fuera la causa, pero no se atrevía a preguntar por miedo a revelar que sabía que su padre se había fugado.

¿Dónde estarían su padre y Edgar en aquel momento? ¿Habrían atravesado ya las murallas? ¿Adónde irían una vez que hubieran salido de las tierras de Lelleford?

Tuvo que esforzarse por mantener un tono de voz despreocupado.

—No es muy profunda. Os aseguro que no serán necesarios puntos. Limpiaré la sangre para asegurarme pero creo que sobreviviréis al percance sin daños importantes.

—Alabado sea Dios —musitó el hermano Walter con el rostro aún pálido.

—Así sea —respondió Eloise, por costumbre, aunque también agradecía que el monje hubiera recobrado el sentido.

No obstante, parecía un poco confuso. Tenía la mirada perdida en algún punto del gran salón, como si tuviera el pensamiento en otra parte, lejos de su herida. ¿Se sentiría culpable de haber tomado parte en el aprieto en que se veía su padre? Eloise esperaba que así fuera.

Al ver la sangre, las gentes del castillo se acercaron para satisfacer su morbosa curiosidad. La sirvienta se acercó con cuidado para no derramar el agua de la palan-gana. A su lado, arrastrando los pies llegó Isolda, la criada de Eloise, que llevaba toallas, carga menos pesada para favorecer el paso de sus pies deformes.

¿Sabría Isolda que su querido hermano Edgar había abandonado Lelleford en compañía del señor del casti- llo? ¿Habría informado Edgar a Isolda de que Sir John Hamelin requería los servicios del joven escudero en una huida apresurada del castillo?

Eloise tomó la toalla de manos de Isolda pero no pudo ver señal de preocupación alguna en la curva que formaban los labios de la joven, ni en sus dóciles ojos marrones, lo que le hizo pensar que o bien Isolda no sabía nada del peligro que pudiera estar corriendo su hermano o sabía ocultar la preocupación muy bien. Eloise empapó la punta de la toalla en el agua y comenzó a limpiar suavemente la herida.

—Tal como pensaba. Es fea pero no profunda. No será necesaria sutura.

Isolda ladeó la cabeza para tener una mejor vista de la herida.

—Sí que es fea. ¿Cómo se ha hecho un corte así, buen monje?

El hermano Walter seguía con la mirada perdida y su silencio preocupó a Eloise.

Desde que llegó a Lelleford a finales del invierno procedente de la abadía de Evesham, un monasterio que su padre ayudaba a mantener, el hermano Walter se había mostrado siempre muy callado. Pasaba el tiempo ocupándose de las cuentas de su padre o rezando en la capilla. Rara vez hablaba, a menos que se dirigieran a él, pero siempre contestaba cuando se le preguntaba directamente o se le hacía un comentario. ¿Acaso el golpe de la cabeza le había dañado más de lo que a simple vista parecía?

—¿Hermano Walter?

—¿Señora? —contestó él dando un respingo al oír su nombre.

—Isolda os ha preguntado cómo os habéis hecho la herida.

—Debí de golpearme con la mesa cuando... —Se detuvo al tiempo que se llevaba la mano a la herida. Parecía que se le estaba pasando el mareo—. Lady Eloise, vuestro padre, he de hablar con él.

Se ha ido y sabéis muy bien por qué.

—No sé dónde está mi padre en este momento pero seguro que, sea lo que sea, lo que tenga que decirle podrá esperar a que hayamos vendado esa herida.

—No hay tiempo —dijo él, levantándose del banco con signos evidentes de agitación—. Tengo que encontrarlo inmediatamente.

Eloise tomó al monje de la ancha manga de su hábito marrón.

—Aún estáis sangrando. Sentaos antes de que os caigáis, os lo ruego.

El monje la miró con un gesto de cólera inusual en él y de un tirón se zafó de Eloise.

—¿Alguien ha visto al señor en los últimos minutos? —gritó a los presentes.

Los presentes guardaron silencio y algunos movieron la cabeza por toda respuesta.

—¡Que todos los santos nos ayuden! —dijo el hermano Walter al tiempo que se dirigía hacia las escaleras y desaparecía tras ellas, llamando desesperadamente a Sir John.

—Es extraño —dijo Isolda entre risas nerviosas—. No sabía que el monje pudiera moverse tan rápidamente ni gritar tan alto. Es como si una abeja se hubiera colado bajo su hábito y amenazara con picarle en sus partes nobles.

Eloise no pudo evitar sonreír ante los modales irreverentes de su criada y al pensar que el hermano Walter realmente merecía que le picaran.

Se sacudió de la cabeza tan absurdos pensamientos. Pronto llegaría el conde en busca de su padre para arrestarlo y tendría que estar preparándose. Sólo había un problema: ¿cómo podía prepararse alguien que se suponía que no sabía nada? Ni siquiera sabía si podía dejar que el hermano Walter corriera por todo el castillo llamando a gritos a su padre.

—Ya puedes vaciar la palangana —dijo Eloise a la sirvienta—. Parece que la herida del buen monje es la menor de nuestras preocupaciones.

Tras ello, el resto de los presentes volvió a sus quehaceres, excepto Isolda, que se quedó mirando hacia las escaleras, confusa. El sonido de las sandalias de cuero sobre la piedra precedía el retorno del monje, que al llegar al gran salón echó un vistazo a la estancia y finalmente salió al patio.

—Debe de tener algo importante que decirle al señor —suspiró Isolda—. ¿Qué pensáis que podrá ser?

—No tengo la menor idea.

Aunque probablemente pronto lo averiguaría. Si el hermano Walter no encontraba a Sir John, iría a buscarla a ella —al menos eso esperaba—, aunque no estaba segura de querer oír lo que fuera a decirle.

Eloise se debatía inquieta entre el deseo de saber lo que le estaba aconteciendo a su padre y el temor a conocer los detalles. Lo que desde luego no iba a hacer era salir corriendo tras el monje. Hasta que éste se dirigiera a ella, lo único que podía hacer era comportarse como si el mundo no estuviera a punto de derrumbarse sobre ella con gran estruendo.

Eloise posó la mano en el hombro de Isolda. Tres años separaban a señora y criada en edad, aunque en ese momento Eloise se creyera más vieja que los altos robles de los bosques que rodeaban Lelleford.

—¿Has terminado ya con las tareas del día?

—Casi, señora. Si no necesitáis más mis servicios, subiré a vuestra cámara a coser el desgarrón de vuestro vestido gris.

Subir y bajar las escaleras era tremendamente doloroso para la criada y Eloise lo sabía. A sus catorce años, Isolda nunca se quejaba de dolor ni de tener que trabajar.

Ella lo soportaba estoicamente como si sus pies fueran normales y hacía todo lo que se le encomendaba. Para recompensar la valentía de su criada y no herir su orgullo, Eloise intentaba no tratarla de forma diferente a los demás sirvientes de edad y con funciones similares.

—Ya que vas a mi cámara, sube un cubo con carbón. Si esta noche hace el mismo frío que la pasada, puede que tengamos que encender el brasero.

La chica hizo una inclinación de cabeza. Con el movimiento, unos mechones de pelo rubio se le salieron de la trenza cubriéndole de manera descarada la frente. Era una chica muy bonita. Muy dulce. Muy desafortunada.

Ante la necesidad de mantener las manos y la mente ocupadas, Eloise se dirigió a las escaleras con la intención de ordenar el desastre en la sala de cuentas de su padre, aunque no sabía dónde había de colocar todos aquellos rollos de pergamino.

Antes de llegar a la escalinata, uno de los guardias de la torre de entrada se presentó en el gran salón y se dirigió directamente a ella.

—Lady Eloise, se requiere su presencia en la puerta exterior.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. El conde no podía haber llegado tan pronto.

—¿Con qué motivo?

—Dos mensajeros esperan fuera. Piden vuestra hospitalidad para que el conde de Kenworth y su séquito pasen la noche en el castillo. Como el señor ha salido a cazar, Sir Marcus pensó que los mensajeros debían pedíroslo a vos.

Sir Marcus, uno de los caballeros del señorío, era el capitán de la guarnición de Lelleford.

—¿Mi padre ha salido a cazar?

—Sí, señora. Edgar y él llevaban consigo un halcón cuando abandonaron el castillo. —El guardia sonrió—. Hemos apostado a ver si el señor consigue cazar a esa garza enorme que ha estado hostigando el lago de las truchas.

Por lo que parecía, todo el mundo en el castillo creía que el señor había salido con su halcón. Su padre había tenido el aplomo —o tal vez la astucia— de darle a ella una excusa creíble para su huida.

Eloise siguió al guardia hasta el exterior del castillo y bajó la rampa del polvoriento patio que servía como barrera entre la torre del homenaje y la torre de entrada situada en la muralla interior. Ese punto era lo más cerca que se permitía estar a alguien desconocido. En tiempos revueltos, los visitantes eran obligados a detenerse y a responder a algunas preguntas antes de tenderles el puente levadizo por el que se atravesaba la muralla exterior. Se trataba en ambos casos de gruesos muros de piedra levantados con el propósito de defender el castillo de las fuerzas invasoras, guarnecidos por guardias bien entrenados.

Estaba tentada de ordenar que izaran el puente y bajaran el rastrillo. Desgraciadamente, su padre le había ordenado que permitiera entrar al enemigo, algo que aún seguía pareciéndole totalmente desacertado.

Cerca de la torre de entrada, Sir Marcus estaba junto a Sir Simon, el administrador de su padre. Los dos eran fuertes guerreros que habían estado al servicio de éste desde que le alcanzaba la memoria.

¿Les habrá contado padre el apuro en que se encuentra?, se preguntó Eloise. Tendría sentido contárselo a sus dos caballeros de confianza.

Finge ignorancia.

Qué irritantes resultaban las órdenes de su padre, pardiez, especialmente las que tenían que ver con la alimentación y entretenimiento del conde. Tener al enemigo en su salón, bebiéndose el vino de su padre. Pero eso no era lo peor. La costumbre de la hospitalidad la obligaba a ofrecer a Kenworth la mejor cama de la torre del homenaje, la de su padre.

Eloise se detuvo al llegar junto a los caballeros.

—Parece que vamos a tener visita.

Simon asintió al tiempo que entrecerraba los ojos grises.

—Y no son bienvenidos. El conde de Kenworth trae consigo varios caballeros y hombres de armas.

Caballeros armados y hombres de armas enarbolando picas. Invasores, no invitados. Se esforzó por mantener la calma.

—Bueno, no es extraño que un conde viaje con séquito, ¿no es así?

—Así es, pero Kenworth no es amigo de Sir John. He enviado un grupo de hombres en busca del señor. Lo más prudente sería esperar a que regresara antes de conceder al conde nuestra hospitalidad. Desgraciadamente, no lo es tanto hacer esperar a un hombre de tan alto rango.

A juzgar por sus comentarios, Eloise dedujo que padre no le había dicho a Simon que realmente no iba de caza. De hecho, a excepción del monje, la única que sabía el motivo de la visita del conde era ella misma y tenía la orden de dejar entrar a aquel bastardo.

—¿Creéis que mi padre negaría la entrada al conde?

Simon levantó la comisura de los labios con desdén.

—El señor podría sentirse tentado pero dudo mucho que fuera capaz de semejante insulto.

Eloise soltó una maldición. Tenía la esperanza de que la respuesta fuera la contraria con tal de ganar un poco más de tiempo. Eloise miró entonces a Marcus.

—¿Y vos estáis de acuerdo?

Marcus se encogió de hombros antes de contestar:

—Me temo que Simon tiene razón. Debemos permitir que Kenworth y sus caballeros pernocten en la torre del homenaje, pero su séquito puede acampar fuera de nuestras murallas. Cuantos menos hombres haya que vigilar en el interior, mejor.

—¿Estará de acuerdo el conde con ello?

Simon resopló.

—No se le dará la opción, señora. Si quiere una comida decente y una cama blanda para dormir, tendrá que aceptar nuestras condiciones. Son algo habitual y no debería oponerse.

La tranquilidad de los caballeros pareció calmar un poco sus nervios. Llevarían a cabo su deber de proteger el castillo, al menos hasta que descubrieran la verdadera razón de la visita del conde. ¿Pero qué ocurriría cuando supieran que su señor había sido acusado de traición? Eloise esperaba que se mostraran sorprendidos e incrédulos pero fieles a Sir John Hamelin y por extensión a su hija.

—¿Dónde están los mensajeros?

Simon indicó con la mano hacia la puerta exterior.

—Tras la muralla.

Flanqueada por los caballeros, Eloise atravesó la torre de entrada y salió a la explanada del castillo. Dos hombres de armas vestidos con el uniforme negro y dorado

esperaban junto a sus monturas. Ambos mostraban la expresión sobria de los soldados, sin dar pista alguna de la desagradable razón de la visita de su señor, por lo que Eloise supuso que no sabían cuál era. Inspiró profundamente para calmarse y se dirigió a ellos.

—Podéis informar al conde de Kenworth de que estaremos complacidos de ofrecerle nuestra hospitalidad para pasar la noche. ¿Cuándo habremos de esperar su llegada?

El más alto de los dos se inclinó ligeramente.

—Agradecemos vuestra amabilidad, Lady Eloise. El conde llegará esta tarde.

No quedaba mucho tiempo.

—Haced llegar al conde nuestros saludos.

Los mensajeros montaron y se alejaron a gran velocidad, levantando polvo a medida que se acercaban a la puerta de la muralla externa.

Simon cruzó los brazos y murmuró:

—Insensatos.

—Igual que el conde —añadió Marcus.

Y como mi padre a veces, pensó Eloise aunque no dijo nada.

Se dio la vuelta para volver a la torre del homenaje, pero entonces vio que el hermano Walter se dirigía hacia ella con los ojos muy abiertos y como enloquecidos, con un reguero de sangre seca que le bajaba por el rostro hasta el cuello. El hombre se desmayaría si no dejaba de correr por el castillo. Eloise suspiró preguntándose si no sería esto lo mejor.

Marcus se inclinó hacia ella.

—¿Qué diablos le ha ocurrido al monje?

—Se golpeó la cabeza y se ha hecho una brecha. El muy idiota se niega a que se la curemos.

Marcus levantó una ceja al captar la manera insultante en que su señora se dirigía a un hombre con hábito y a continuación intercambió una mirada divertida con Simon.

—¿Queréis que le obliguemos a colaborar, señora?

—Sólo si no logro hacerle entrar en razón.

Eloise abandonó a los dos caballeros y se dirigió hacia el clérigo, no muy segura de qué hacer con él. ¿Encerrarlo en su habitación? ¿Echarlo del castillo? ¿Dejar que siguiera comportándose a su antojo?

El hombre se detuvo entonces.

—¿Habéis visto al señor, milady?

—Me han dicho que ha salido de caza. Volved...

—¡No! ¡No puede haber salido del castillo!

—¡Os aseguro que es así! —exclamó Eloise sujetándole por el antebrazo con la esperanza de poder calmarlo—. Dejad que os vende la cabeza y decidme por qué motivo buscáis a mi padre con tanta urgencia.

El monje cerró los ojos. Hundió los hombros y agachó la cabeza hasta que clavó la barbilla en el pecho.

—Que el cielo nos asista. Si el señor ha abandonado Lelleford, temo que sea necesario un milagro para salvarnos.

Su desolación la dejó helada.

—Hermano Walter, será mejor que os expliquéis.

El monje levantó la cabeza lentamente.

—Rezar por la intervención de nuestro Señor. Estaré en la capilla, señora, de rodillas suplicando hasta que pase la tormenta.

Y diciendo esto se alejó entre el revuelo de sus amplios ropajes. Eloise reprimió una queja y a regañadientes lo dejó marchar, consciente al menos de dónde podría encontrarlo.

—¿Señora?

Eloise miró por encima del hombro y vio a Simon en el mismo sitio donde lo había dejado.

El hombre trató de sonreír aunque sin éxito.

—Supongo que el monje sigue sin entrar en razón. ¿Queréis que vaya tras él y le obligue a sentarse para curarle las heridas?

Eloise negó con un gesto de la mano.

—No, dejémosle. Ha ido a rezar. Tal vez el Señor le sane la cabeza. —Y tal vez simplemente era una forma de no estar en presencia de ella—. Decidme, Simon, ¿conocéis bien al conde de Kenworth?

—Lo suficiente, y también a la mayoría de sus caballeros.

La mayoría de los caballeros, barones y ricos señores del reino, se conocían por haber luchado juntos a lo largo de los años en distintas guerras, o entre ellos en los torneos. Simon probablemente supiera cómo tratar al conde mejor que ella.

—¿Qué le puedo ofrecer de comida al conde para asegurarme que esté de buen humor?

Simon pensó un momento y finalmente respondió:

—Anguila.

Anguila. El único plato que le producía a ella ardor de estómago con sólo olerlo. Aun así, ordenaría que se sirviera con la esperanza de que las molestias de estómago fueran lo peor que habría de soportar esa noche.

Eloise permanecía sentada respirando suavemente, los ojos cerrados, agradeciendo que le cepillaran el cabello con largas y suaves pasadas del peine. Isolda parecía percibir la necesidad de paz de su señora, por lo que realizaba la tarea sin su habitual charlatanería.

Las últimas dos horas habían pasado como en un sueño.

La cocinera se había quejado por tener que añadir la anguila al menú, ya que no le agradaban los cambios repentinos, ni siquiera aunque un miembro distinguido del reino fuera invitado inesperadamente. Eloise había aguantado con paciencia el sermón de la mujer. De no haberlo hecho, el resultado habría sido una desastrosa comida compuesta por platos fríos y mal condimentados.

Arreglar el desorden de la sala de cuentas de su padre demostró ser una tarea descorazonadora. Mientras ordenaba y buscaba un lugar para los rollos de pergamino desperdigados por toda la estancia, no pudo evitar preguntarse por qué su padre se había llevado consigo algunos de ellos. ¿Acaso contenían pruebas concluyentes de su culpabilidad o de su inocencia? Si era inocente, ¿por qué no se había quedado para enfrentarse al conde?

No había dejado de decirse a sí misma que su padre admiraba demasiado al joven rey Eduardo como para traicionarlo. Sin embargo, John Hamelin había huido llevando consigo pruebas posiblemente condenatorias. Tras vacilar un momento, había tomado algunas monedas de oro del cofre y las había ocultado en su dormitorio,

por si se daba el caso de que decidiera coserlas al dobladillo de sus prendas.

Además, estaba el hermano Walter que, por lo que ella sabía, seguía arrodillado en el suelo de la capilla inmerso en fervorosa súplica. Mirarlo la había indisputado y enfadado tanto que había tenido que abandonar la capilla en silencio sin molestarlo.

El cepillado de sus cabellos no había bastado para tranquilizar su atribulada mente, pero al menos ya no le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes. Sería capaz de saludar al conde sin mostrar desprecio por él. Si quería dar a su padre tiempo para alejarse de Lelleford todo lo posible no le quedaba más remedio que agrandar a Kenworth.

—¿Lazos? —preguntó Isolda.

—Sí. Carmesí y oro.

Mientras Isolda buscaba los lazos, Eloise se limpió los cabellos que habían caído en los hombros del vestido de terciopelo de color carmesí ribeteado de oro que llevaba. Era el más rico y elaborado de los que poseía, confeccionado para su boda con Hugh St. Marten, el único día que lo había lucido.

Las habilidosas manos de Isolda tejieron una gruesa trenza alternando cabello y lazos.

—Hermosa para presentarse ante la nobleza, señora.

Lo suficiente para distraer al conde durante una o dos horas mientras su padre y el hermano de Isolda ponían tiempo y tierra de por medio.

—Eso espero. Isolda, ¿hablaste con Edgar antes de que mi padre y él se fueran... a cazar?

—Hablé con Edgar por última vez esta mañana.
¿Por qué?

Eloise mantuvo una lucha interna con su conciencia. Contenerse para no hablar a Isolda de la adversidad que se cernía no le sentaba bien. Si algo horrible le ocurriera a Edgar, su hermana sufriría lo indecible.

—Sólo me preguntaba si te habría dicho adónde tenían intención de ir.

—A mí no. —Isolda desató el lazo y rió—. Si tuviera alguna moneda apostarí a que han ido tras la garza. Pero están tardando mucho. Tal vez el señor piense que es más importante cazar a la garza que esperar la llegada de ese conde.

Isolda daba por sentado que la patrulla había encontrado a su señor y le había informado de la inminente llegada del conde. Eloise sabía que los hombres estarían preocupados y confusos tras haber buscado a su padre en sus habituales zonas de caza sin éxito.

—Tal vez. —Eloise se levantó del escabel y se ajustó el ceñidor de oro que daba dos vueltas al talle hasta caer suavemente sobre sus caderas—. ¿Te parece que necesito algún otro adorno? ¿Un colgante de oro o un broche tal vez?

—No, señora. Sería una pena. Cuando los hombres se fijan en vuestro rostro, no se darán cuenta de nada más.

—Me adulas, Isolda.

—No es más que la verdad.

Eloise sabía que los hombres se fijaban en otras partes del cuerpo de una mujer. Demasiadas veces se había sentido inspeccionada de la cabeza a los pies, juzgada por sus formas y sus bienes materiales. Algunos se detenían

en su pecho, otros preferían mirar sus caderas. Había aprendido a distinguir la sincera apreciación de la lujuria. El aspecto de algunos hombres le parecía repulsivo mientras que otros provocaban en ella un delicioso hormigueo.

Se tiró ligeramente de la manga para alisar el terciopelo y no pudo evitar los recuerdos de la funesta boda. Hugh St. Marten y algunos miembros de su familia habían llegado días antes de que tuviera lugar la ceremonia. En los pocos momentos que habían tenido para estar a solas, ella había intentado en vano sentir aquel placentero cosquilleo por su prometido.

En sus ojos había podido percibir una mezcla de afecto y deseo. Como esposa diligente, habría compartido el lecho con Hugh y le habría dado hijos. Tal vez, con el tiempo, habría llegado a sentir un profundo cariño hacia él.

Pero, por desgracia, en aquel momento sus ojos se habían fijado en otro. Un hombre absolutamente inadecuado, irritante y muy atractivo que provocaba en ella no hormigueos sino un profundo ardor. Con un escalofrío agradeció de nuevo a los hados haber descubierto inconscientemente el desdén que éste sentía hacia ella antes de hacer el ridículo con él, el medio hermano de su prometido. Muy a su pesar, seguía viendo el rostro de Roland St. Marten con más claridad que el de Hugh.

Un toque en la puerta trajo a Eloise de vuelta a la realidad. Isolda dejó entrar a un criado.

—Sir Simon reclama vuestra presencia, señora. El conde ha llegado.

—Bajaré enseguida.

El criado se marchó corriendo. Eloise inspiró profundamente en un intento por calmarse.

—Debe de ser un hombre aterrador ese conde —comentó Isolda—. Es raro verla tan nerviosa.

—¿Se nota demasiado?

—Os retorcéis las manos todo el tiempo. Es una señal inequívoca.

Eloise detuvo el movimiento.

—Desearía que mi padre estuviera aquí para saludar al conde. Los miembros de la alta nobleza pueden ser unos invitados endiablados.

Con tan desagradable pensamiento, se dirigió hacia el gran salón. Junto a la puerta se encontraba Simon con un grupo de caballeros ataviados con cota de malla y un grupo de escuderos. Eloise supuso que el de más edad y mejor vestido debía de ser William, conde de Kenworth.

Con la barbilla levantada y la espalda derecha, Eloise se preparó para llevar a cabo su obligación y poco le faltó para tropezar con sus propios pies cuando vio a un caballero que se apartaba un poco de los demás.

Roland St. Marten. Vestido con cota de malla. Convertido en caballero y evidentemente al servicio del conde de Kenworth. Escuchaba con gran interés algo que Simon estaba diciendo al conde, por lo que Eloise esperaba que no hubiera reparado en su breve titubeo.

De gran altura y robusta complexión de guerrero, Roland tenía además un cabello negro como el azabache que le acariciaba los hombros. Poseía unos ojos color avellana de aguda mirada y una poderosa mandíbula. En su primer encuentro, Eloise había reparado instantáneamente en sus encantos, fascinada por su aura de fuerza y poder.

Él había advertido a Hugh de que no debía casarse con ella porque la consideraba una esposa inadecuada. El muy sinvergüenza. Nunca en toda su vida alguien había osado insultarla de esa manera.

Concéntrate en el conde.

En su rostro se dibujó una sonrisa agradable y cálida. Entonces Roland pareció percatarse de su presencia y volvió hacia ella sus ojos de intenso color avellana. Eloise notó débiles las rodillas y la boca seca. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no prestar atención al calor que se arremolinaba en su interior y dominar la desvergonzada reacción que provocaba en ella la presencia del hombre que a esas alturas debería ser —si el destino no hubiera intervenido— su hermano por matrimonio.

El hombre que había dicho de ella que era una descarada y a quien ella en aquel momento no consideraba más que un rastrero y desagradable sapo.

Furiosa, Eloise consiguió dirigir la atención a quien debía, al conde que estaba allí con intención de arrestar a su padre por traidor.

El conde de Kenworth también había reparado en ella. La inspeccionaba con ojos entornados y labios apretados. Era bajo. Medio calvo. Bien alimentado. Un mezuquino cerdo con forma humana.

Simon pareció aliviado al verla.

—Señora, nuestro invitado, William, conde de Kenworth.

Eloise hizo una profunda reverencia delante del conde, en señal de respeto a un hombre de su rango.

—Señor. Vuestra visita nos honra. Os damos la bienvenida a vos y a vuestros caballeros.

—¿Habéis sido vos quien ha ordenado que mi séquito se quede fuera de las puertas?

Eloise se irguió para enfrentarse a la desaprobación del conde.

—Sólo seguí la recomendación de nuestros caballeros, señor. Dejaremos la decisión final a mi padre.

—Entiendo por vuestras palabras que no está aquí.

Ni iba a estarlo.

—Ése es el motivo por el que nos conducimos con prudencia —dijo volviéndose hacia Simon—. ¿Alguna noticia sobre el paradero de mi padre?

—No, señora. Le he explicado al conde que Sir John había ido a cazar al no saber que íbamos a recibir visita. Espero que nuestra patrulla y Sir John lleguen de un momento a otro.

Eloise tuvo que esforzarse por no sonreír.

—Señor, ¿puedo ofrecerles a vos y a vuestros caballeros una copa de nuestro mejor vino y comida para hacer la espera más agradable?

El conde se volvió hacia sus caballeros.

—Quiero que se envíen patrullas. ¡Buscadle!

Padre necesita más tiempo.

—Estoy segura de que no será necesario. Padre estará aquí para la comida de la noche.

—Sospecho que no. —El conde dio un amenazador paso en dirección a ella al tiempo que miraba a Simon—. ¡Juro que si Hamelin no aparece pronto seréis declarada culpable de ayudar a un traidor!

Eloise dejó escapar un grito ahogado que a punto estuvo de hacer que se atragantara.

Simon desenvainó la espada y el roce del acero en su funda de cuero se convirtió en una invitación a la batalla que encontró rápida respuesta por parte de los caballeros del conde.

—¿Sir John un traidor? —preguntó Simon con fiereza—. ¡Nunca! ¿Cómo osáis insultarle en su propio salón, y más cuando no está delante para defenderse de semejante acusación?

El conde hizo un gesto de desprecio con la mano.

—¡Hamelin ha recibido la acusación formal! ¿Y cómo osáis desenvainar vuestra espada ante un miembro de la realeza? ¡Apresadle!

Una última espada salió de su funda. La de Roland.

—No apresaremos a nadie que no sea Sir John. Guardad vuestras espadas.

El conde apretó las manos, concentrando su furia en Roland.

—He dado una orden y espero que sea obedecida.

—Y yo estoy a las órdenes del rey, y pienso obedecer. Intentad apresar a Sir Simon y yo me pondré de su lado.

—Valiente imbécil. El rey tendrá noticias de vuestra insolencia.

A Roland le temblaban los labios.

—Adelante, señor, proceded. Así Eduardo sabrá que he realizado sus deseos a la perfección. Si pretendéis enviar una patrulla de caballeros, hacedlo. Yo aceptaré la amable invitación de Lady Eloise de una copa de vino.

Eloise se acordó de respirar cuando Roland envainó su espada, pues lo tomó como señal de que el peligro había pasado y se dio cuenta de que a quien el caballero

prestaba servicio en realidad era al rey Eduardo, no a Kenworth. No sabía si debía sentirse aliviada o no.

El conde hizo un gesto a sus caballeros.

—Id. Antes de marchar, dejad guardias en el puente. Ningún habitante de Lelleford podrá salir del castillo hasta que Hamelin sea arrestado.

Los caballeros guardaron sus espadas y Eloise mantuvo las manos quietas.

Antes de que pudiera ofrecer una copa de vino nuevamente, el conde miró a Simon y a Roland.

—Traed a todos los caballeros de Lelleford al salón. Quiero tenerlos bien a la vista. Tened en cuenta que ayudar a un traidor está penado con la horca y no dudaré en castigar a aquel que interfiera en el arresto de Hamelin.

Con esas palabras, Kenworth se dirigió con paso firme a la mesa donde un sirviente había dispuesto jarras y copas.

Simon bajó la espada.

—¿Qué está pasando aquí, Roland? Nada de esto tiene sentido. ¿De verdad se ha acusado a Sir John de traición?

—Me temo que sí. Kenworth ha venido para arrestar a Sir John y llevarlo a Westminster a fin de que sea juzgado. El rey será el juez.

Eloise se obligó a mirar a Roland a los ojos color avellana. No vio en ellos desprecio hacia su padre, pero tampoco un signo de que su opinión hacia ella hubiera mejorado. Aun así, tenía que saberlo con certeza.

—Mi padre no traicionaría al rey Eduardo, estoy segura de ello.

—Entonces no tiene nada que temer.

—¿De veras? —Eloise ya no estaba segura de nada. Kenworth le parecía un hombre sediento de sangre. La sangre de su padre.

—Corresponde al rey decidir si es culpable, señora, y Eduardo es un hombre de inteligencia y honor.

Eso había oído, y más de una vez, de boca del hombre al que ahora se acusaba de ser un traidor.

—Vos servís a Eduardo, no al conde. ¿Qué hacéis aquí?

Roland miró a su alrededor antes de fijar de nuevo la vista en ella.

—Por orden del rey, estoy aquí para hacerme cargo de Lelleford hasta que se decida el destino de vuestro padre.

Sorprendida, Eloise consiguió aguantar el grito de rechazo y disgusto. ¿Roland St. Marten a cargo de Lelleford? ¡Impensable!